

Los siete contra Tebas

Antón Arrufat

EL CORO

¡Qué silencio! ¡Qué horrible silencio!
Estábamos preparados para la guerra
y de pronto el silencio como un espacio
blanco y desierto. Presentimientos
brotan y saltan en él y se combaten.
¿Qué ocurrirá? ¡Alguien se acerca!

POLINICE

(Aparece en el fondo, solo, sin armas.)
¡Es Polinice!

EL CORO

(Pasándose el nombre de una en otra.)
¡Polinice! ¡Polinice! ¡Polinice!

POLINICE

Te ofrezco una tregua, Etéocles.
Vengo a hablar contigo.

ETÉOCLES

(Luego de un silencio.)
Entra. ¿Qué quieres?

POLINICE

¡Me extraña esa pregunta! He detenido
mi ejército a las puertas de la ciudad
¿y me preguntas lo que quiero?

ETÉOCLES

Para desdicha de Tebas hemos oído
el estruendo de tu ejército. Vemos,

yo y estas mujeres, relucir tus armas
bien forjadas y la leyenda arrogante
de tu escudo. Te has entregado
a otras gentes, Polinice,
y con ellos vienes a tu tierra natal.
Eres un extraño y por eso te pregunto
lo que quieres. No reconozco tu voz,
he olvidado el brillo de tus ojos.

POLINICE

El temblor de tu voz te desmiente.
Pero no importa. Sé que debes fingir
delante de estas mujeres. En eso eres
un buen gobernante. Usas la máscara
que los demás esperan y en el momento preciso.
Pero no importa. Me basta con que veas
el resplandor de mis armas.

ETÉOCLES

No sé si antes me tembló la voz, pero
ahora me tiembla de asco y de sagrado furor.
Eres el mismo de siempre. Por eso
te acompañan esos hombres y alzas
esos escudos. Te conocemos, Polinice.
Te conocemos tanto que hemos empezado a
olvidarte.
Di lo que quieres. Di lo que pretendes
con esta tregua mentirosa.

POLINICE

Tus alardes no me asombran, Etéocles.
Aparentas estar seguro. Eres el héroe
que al pueblo salva con un gesto firme.
No es la primera vez. Hubo una noche
en que estabas tan seguro como ahora.
Y sin embargo, he ahí un ejército
que me sigue, que me llama su jefe
y mis órdenes cumple. Nunca pensaste
que tu hermano regresaría a su ciudad
en medio, rodeado de una hueste poderosa,
despierta, Etéocles. Empieza tu fin.
Nadie, sólo un loco, se sentiría
seguro frente a un ejército como el mío.
Cuento con su fidelidad y con su fuerza.
Nada conseguirás en un pueblo descalzo

que empuña viejas lanzas y escudos podridos.
Entrégame la ciudad y te salvaré
de la humillación de una derrota.

ETÉOCLES

Ahora sé lo que quieres. Estas mujeres
y yo lo sabemos.

POLINICE

No las mezcles en esto. Ellas
no gobiernan la ciudad.

ETÉOCLES

Ellas también son la ciudad.
Cuento con ellas y las quiero de testigos.
Nada tengo que ocultar, Polinice.
Esta noche acaba al fin todas las distinciones.
Tu tregua nos enseña a conocernos
y a afirmar nuestra causa.
Es tu ejército quien nos une,
es tu crueldad la que nos salva.
Somos un pueblo descalzo, somos
un pueblo de locos, pero no rendiremos
la ciudad.
Tebas ya no es la misma:
nuestra locura
algo funda en el mundo.

POLINICE

¡No destruirás mi ejército con palabras!
Te ofrezco una salida. Abandona
el gobierno y parte en silencio.
Yo explicaré al pueblo tus razones.

ETÉOCLES

¡Basta Polinice! Nada puedes ofrecer
a Tebas que a Tebas interese. Hemos
escuchado la descripción de tu ejército.
Sabemos por qué vienen y la ambición
que los une. ¡No les entregaremos la ciudad!

POLINICE

Entonces, habrá sangre. ¡Tuya
es la culpa!

ETÉOCLES

¿Armé yo tu ejército?

POLINICE

No eres inocente, Etéocles.
Si ese ejército está ahí, es por tu culpa
Si se derrama sangre, es por tu culpa.

ETÉOCLES

Es pronta tu lengua, con facilidad argumentas.
¡Eres un buen retórico!

POLINICE

Tuvimos el mismo maestro. ¿No lo recuerdas?

ETÉOCLES

Recuerdo que vivíamos en la misma casa.
Recuerdo que comíamos juntos,
y juntos salíamos a cazar. Recuerdo
que un día, tu venablo más diestro,
me salvó de la muerte.
Nos abrazamos jadeantes,
mientras el jabalí agonizaba
en la yerba, chorreando sangre por el vientre.
Murió en un asqueroso pataleo.
Yo amé tu brazo mucho tiempo.
Lo observaba despacio, con cuidado y fervor.
Regresamos a casa, y a todos lo conté.
La luz era distinta aquel día,
la vida me importaba más.
¿Qué otra cosa recuerdo?
Recuerdo que has armado un ejército enemigo
para destruir esa casa, para arrasar
esta ciudad, alzando
el mismo brazo de aquel día.

POLINICE

¡Hábil Etéocles! Sabes
buscar razones dulzonas.
En aquel momento salvé a mi hermano,
ahora vengo contra mi enemigo.
Mi brazo es el mismo,
pero tú no eres la misma persona.
Quien olvida, se hace otro.
Sin embargo, no es fácil:

un día trae otro día,
 y nada es impune. No podrás
 ocultar tu culpa en la tierra.
 Yo he regresado para recordártela;
 y también recuerdo. Recuerdo
 el pacto que hicimos hace tres años,
 y recuerdo que tú lo has destruido.
 Pacté contigo gobernar un año
 cada uno, compartir el mando
 del ejército y la casa paterna.
 Juraste cumplirlo. Y has roto
 el juramento y tu promesa.
 Solo gobiernas, solo decides,
 solo habitas la casa de mi padre.
 ¿No lo recuerdas?

ETÉOCLES

¿Y es a éstos a quienes encomendaste
 recordármelo? ¿Es con el sonido
 de sus armas, con los aullidos
 de sus bocas extranjeras
 con lo que debo recordarlo?

POLINICE

¡Ellos me ayudarán a restaurar el derecho!

ETÉOCLES

¿Te ayudará Capaneo con su tea incendiaria?
 ¿Te ayudará Partenópeo derramando la sangre
 de tus hermanos con su lanza sedienta?
 ¿Te ayudará Hipomedonte robándole sus tierras?
 Te ayudan asesinos, Polinice. Reclamas
 tu derecho con las manos ensangrentadas
 de una turba de ambiciosos.

POLINICE

¿Crees que todo el que se te opone es un asesino?
 ¿Crees que todo el que se te opone es un ambicioso?
 ¡Tú saqueaste mi casa y profanaste un juramento!
 ¡Tú detentas un poder que no te pertenece del todo!
 ¿Qué dijiste en Tebas para ocultar tu traición?

ETÉOCLES

Rectifiqué los errores de tu gobierno,
 repartí el pan, me acerqué a los pobres.

Sí, es cierto, saqueé nuestra casa.
Nada podrás encontrar en ella. Repartí
nuestros bienes, repartí nuestra herencia,
hasta los últimos objetos, las ánforas,
las telas, las pieles, el trigo, las cucharas.
Está vacía nuestra casa, y no alcanzó
sin embargo para todos.
Sí es cierto, profané un juramento.
Pero no me importa. Acepto esa impureza,
pero no la injusticia.

POLINICE

No te perdonaré. No saqueaste mi casa
para ti, sino para los otros.
Mis cosas están en manos ajenas y desconocidas.
Desprecio tu orden y tu justicia.
Es un orden construido sobre el desorden.
Una justicia asentada sobre una injusticia.

ETÉOCLES

Así ha tenido que ser, Polinice.
Detesto todo afán de absoluto. Yo obro
en el mundo, entre los hombres.
Si es necesario, sabré mancharme las manos.
Para ser justos es necesario ser injustos un momento.

POLINICE

Para ti la justicia se llama Etéocles.
Etéocles la patria y el bien.
Me opongo a esa justicia, ludo
contra esa patria que me despoja y me olvida.
La noche en que te negaste, lleno de soberbia,
a compartir el poder conmigo, destruyendo
nuestro acuerdo, lo está contaminando todo.

ETÉOCLES

Esa noche ha quedado atrás.
No volverá. Si fui injusto contigo,
he sido justo con los demás.
No acepto tu pureza, Polinice.
Tu derecho está contaminado
por los hombres que te secundan.

POLINICE

¿Conoces tú el destierro, Etéocles?

ETÉOCLES

¡Conozco a los que se merecen el destierro!

POLINICE

¡Me odias!

ETÉOCLES

¡Tú odias a tu patria!

POLINICE

Contra mi voluntad hago la guerra.

¡Los dioses son testigos!

ETÉOCLES

¡Los tebanos son testigos de la furia de tu ejército!

POLINICE

¡Eres un impío!

ETÉOCLES

Pero no un enemigo de los hombres.

POLINICE

¿Eres el enemigo de tu hermano?

ETÉOCLES

¡Mi hermano es enemigo de Tebas!

POLINICE

¿Qué has dicho en Tebas de mi destierro?

¿Cómo explicaste esa orden injusta?

ETÉOCLES

Les recordé los males de tu gobierno.

Les recordé las promesas incumplidas, la desilusión de los últimos meses.

Eres incapaz de reinar con justicia.

Te obsesiona el poder, pero no sabes labrar la dicha
[y la grandeza de Tebas.

POLINICE

Sólo tú sabes, Etéocles. Sólo tú sabes.

Tú decides lo que está bien o mal.

Repartes la justicia, mides el valor de los hombres.

¡Sólo tú eres libre en Tebas!

ETÉOCLES

Pero el pueblo está en las murallas.
Pero el pueblo está dispuesto a tirar contra tu ejército.
Nadie te espera. Estás solo, Polinice.
No hay tebanos contigo.

POLINICE

¡Eres un hombre obstinado y soberbio!
Ves tu persona en todas partes. Eres la ciudad.
Tu cabeza es Tebas y Tebas es tu cabeza.
¡Venga, pues, el fuego, venga el acero!
Ninguno de los dos renunciará a lo suyo
ni lo compartirá con el otro.

ETÉOCLES

¡Sal de aquí! ¿Ves mi mano?

POLINICE

Veo que llevas mi espada.

ETÉOCLES

Ahora es la espada de Tebas
¡Sal de aquí!

POLINICE

No volveré al destierro, Etéocles.
O entro en la ciudad victorioso
o moriré luchando a sus puertas.

ETÉOCLES

¡Morirás!

POLINICE

¡Sírvanme los dioses de testigos
y la tierra que me crió!
Si algún mal te sobreviene, ciudad,
no me acuses, sino a éste.
Suya es la culpa.
Recordad los males del destierro:
vagar por lugares extraños, escribir
y esperar cartas, mientras rostros,
nombres, columnas se deshacen en la memoria.
Aquí está todo lo que soy, y lo que amo.
Contra mi voluntad hago la guerra.
Contra mi voluntad me desterraron.

Etéocles, me repugna cuanto tú representas:
el poder infalible y la mano de hierro.

ETÉOCLES

¡No se pondrá la justicia de tu parte!
Tu causa requiere la sangre y la lanza.
Por ti están cerrados los talleres;
albañiles, sastres, alfareros
al furor de la guerra se entregan
contra su voluntad. Vaga el ganado
por el campo, las cosechas se pierden podridas.
¿Es esto Polinice restaurar el derecho?
(Sale Polinice)
Pronto sabremos de qué sirve tu emblema.
En algo tengo confianza: la obra de todos
no será destruida por un hombre solo.
Yo iré a encontrarme con él, yo mismo.
Hermano contra hermano, enemigo
contra enemigo. Ya no podemos
comprendernos. ¡Decida la muerte
en la séptima puerta!

EL CORO

Oh tú, que tan querido me eres, la fatalidad
abre la séptima puerta buscándote. Pregunta
por ti, dice tu nombre, marcha a tu encuentro.

ETÉOCLES

¡Si esto pudiera detenerse! Pero ya no es posible.
Todo ha ido demasiado lejos. Ha ido donde
quise que fuera. No rehuiré que la fatalidad
me encuentre: mi mano busca la suya.

EL CORO

Te estrechas a ti mismo, Etéocles. Tu mano
en el aire tu otra mano encuentra.
¡Serás, como él, víctima de la soberbia!
La soberbia reina en un cuarto oscuro,
con un espejo donde se contempla para siempre.
Aparta ese espejo. Recuerda
que hay otros hombres en el mundo.

(Ediciones UNIÓN, La Habana, 1968)